

La política energética y climática de la Unión Europea

Miguel Arias Cañete

Comisario europeo de Acción por el Clima y Energía

Introducción

Pocos logros ilustran la célebre frase de Robert Schuman de que Europa se construirá “gracias a realizaciones concretas” mejor que la política energética de esta Comisión Europea. Casi siete décadas después de ponerse los primeros ladrillos del proyecto de integración, tenemos el mejor ejemplo de aquella “solidaridad de hecho” a la que aludió el gran arquitecto de la Europa unida precisamente en España.

Cuando en febrero del año pasado se inauguró la primera línea de interconexión eléctrica entre España y Francia (Santa Llogaia-Baixàs), estaba en juego mucho más que la capacidad de nuestro país de exportar kilovatios a nuestros vecinos. Efectivamente, gracias a la financiación europea de 225 millones de euros, se duplicará la capacidad de interconexión entre Francia y España. El proyecto ha venido a aumentar la seguridad del sistema eléctrico español y a reducir el riesgo de apagones. Además, está llamado a contribuir a que las energías renovables producidas en España –tanto la eólica, como la hidráulica o la solar- se integren en la red europea y a multiplicar el comercio entre España y Francia.

Pero, sobre todo, en esta nueva pieza del puzzle energético de una energía segura, sostenible y competitiva, hemos palpado con toda claridad la solidaridad europea, que es, a fin de cuentas, el cemento que nos mantiene unidos. Si en las últimas décadas logramos eliminar las fronteras interiores de la Unión para que ciudadanos, mercancías, capitales y servicios circularan libremente, nuestro reto ahora es eliminar las fronteras energéticas en Europa. Y España, sin duda, jugará un papel fundamental en esa ecuación.

Garantizar a todos los países el suministro energético es, sin duda, uno de los grandes ejes de nuestra política energética europea. Otro de los grandes retos que está exigiendo nuestra determinación, ambición y liderazgo, es la lucha contra el cambio climático. Pero al tiempo que un desafío, es también una gran oportunidad en términos económicos, sociales y medioambientales. Por eso, en la Comisión Europea hemos concebido una política de cambio climático orientada al futuro y que se traduzca en una Unión de la Energía resistente con la vista puesta en el gran reto de este siglo.

Incorporar, tal y como estamos haciendo en la Unión Europea, la dimensión climática en

la política energética es clave para lograr que crecimiento económico y reducción de emisiones vayan de la mano. Y, de hecho, los datos nos dan la razón: según un informe de la Agencia Europea del Medio Ambiente, desde 1990, Europa ha reducido sus emisiones en un 23% mientras nuestra economía crecía un 46%. Así que ésta es la hora del liderazgo de la Unión Europea. Y más con el respaldo internacional que recibimos en París el pasado mes de diciembre.

El mundo está cambiando y Europa no puede quedarse atrás. La economía mundial apuesta claramente por una mayor sostenibilidad y sólo se hará fuerte quien lidere este giro hacia un nuevo sistema energético. Hagamos, pues, que la energía en que se sustenta nuestra economía sea resistente, fiable, segura y cada vez más renovable y sostenible.

La Unión Europea ha dado pasos decididos hacia esa meta. Y lo ha hecho apostando por su Unión de la Energía como mejor herramienta para acometer esa transición. Afrontamos el 2016 con el reto de lanzar el programa de trabajo más ambicioso y convencidos de que éste será el año de los resultados.

La energía como gran prioridad

Cuando Jean-Claude Juncker ocupó el cargo como Presidente de la Comisión Europea, dejó claro que su propósito era abrir una nueva página en la historia de nuestro continente. Convencido de que su tarea esencial era reconstruir puentes en Europa después de la crisis, inmediatamente, identificó sus grandes prioridades, orientadas a restablecer la confianza de los ciudadanos europeos.

"Quiero una Unión Europea que sea más grande y ambiciosa en las cosas grandes y más pequeña y modesta en lo más pequeño", clamó ante el Pleno del Parlamento Europeo en julio de 2014. Aquella declaración de intenciones se ha convertido –y doy fe de ello como miembro de su Comisión– en el estribillo de su Ejecutivo y en la razón que alienta todas sus políticas. Y para mí es un orgullo formar parte de esta Comisión: la más política y, además, la primera que cuenta con el respaldo, independencia y legitimidad democrática que le da el hecho de que su presidente haya sido elegido por el Parlamento Europeo.

La Comisión Juncker se propuso marcar una verdadera diferencia en materia de empleo, crecimiento e inversión y aportar beneficios concretos a los ciudadanos. Se trataba de un programa para el cambio centrado en diez grandes prioridades, una de las cuales, afecta de lleno a la cartera que tengo el honor de ocupar. Así pues, al asumir mi mandato, yo también hice mía esa agenda. Mi prioridad es, desde entonces, contribuir a la consecución de una auténtica Unión de la Energía en la que lo primero sean los ciudadanos y su acceso a una energía más asequible, segura y sostenible. Como comisario de Acción por el Clima y Energía, me ha tocado la responsabilidad de liderar dos políticas de extraordinaria relevancia para el

futuro de Europa. De ambas dependerá, en gran medida, la prosperidad y el bienestar de las futuras generaciones de europeos.

Una vez identificada la energía como área prioritaria, el Presidente Juncker puso en ella su foco a la hora de presentar una de sus primeras iniciativas. El Fondo Europeo para Inversiones Estratégicas (más conocido por sus siglas en inglés, EFSI), concebida para impulsar el crecimiento económico y la competitividad a largo plazo, reconoció la energía como uno de los sectores prioritarios en materia de inversiones, en particular en infraestructuras energéticas, eficiencia energética y energías renovables.

Además, un paisaje geopolítico y convulso, que se añade a los acuciantes desafíos climáticos, requerían decisiones valientes que involucraran al sector de la energía, que había sido dejado demasiado tiempo al margen. Con un buen número de europeos asustados ante la perspectiva de que la penuria energética les impidiera calentar sus hogares, se impone una actuación conjunta de Europa para conseguir que la energía en que se basa nuestra economía sea resistente, fiable, segura y cada vez más renovable y sostenible.

La envergadura de los desafíos y de la ambición política llevó al presidente Juncker a reorganizar el trabajo de la Comisión. Y tras la nueva estructura, está la filosofía de romper el aislamiento de las distintas carteras y dotar de coherencia a unas políticas que están inevitablemente interrelacionadas. Así, los Vicepresidentes lideran los llamados equipos de proyectos, al tiempo que dirigen y coordinan la labor de un grupo de Comisarios. Es, en definitiva, un nuevo método de trabajo más colaborativo, que en el caso de la Unión Energética deberá llevarnos a un nuevo estadio en el proceso de integración europea. El más ambicioso

desde la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Un proyecto que integre nuestros 28 mercados europeos en una Unión de la Energía, garantice una Europa menos dependiente y asegure la previsibilidad que tanto necesitan los inversores para crear empleo y crecimiento.

La COP21: nuestra cita con la Historia

Otras de las novedades de esta Comisión que están marcando mi mandato ha sido la de fusionar las carteras de energía y acción climática. Ambas son, en realidad, dos caras de la misma moneda. La consecución de esta Unión Europea de la Energía no podría llevarse a cabo sin una política climática de futuro y, a su vez, nuestra política climática marcará el paso en este tiempo de transición energética.

El problema del cambio climático es complejo e implica un cambio radical de mentalidad. Y sólo desde el establecimiento de un marco regulador que permita cambios estructurales a largo plazo, y que favorezca la predictibilidad que la industria necesita, seremos capaces de darle respuesta.

Por eso, durante el año previo a la conferencia climática de París no regateamos esfuerzos. La prioridad de la UE fue, en todo momento, adoptar un acuerdo mundial sobre el clima que fuera ambicioso, sólido y vinculante. Y no estábamos dispuestos a conformarnos con menos.

La Unión Europea puso el listón muy alto en vísperas del ambicioso acuerdo alcanzado en París. Cuando ya en octubre de 2014 nos comprometimos a alcanzar, al menos, el 27% de energías renovables; a mejorar, al menos, un 27% la eficiencia energética; y a conseguir recortar las emisiones de gases de efecto invernadero en un 40% de

aquí a 2030 respecto a los niveles de 1990, demostramos que estábamos dispuestos a liderar la transición. Y la meta no termina ahí: la idea es la de disminuir las emisiones entre un 80 y un 95% en 2050.

Fue así, con nuestra ambiciosa política climática, cómo desde la Unión Europea conseguimos arrastrar en el esfuerzo a toda la comunidad internacional. Logramos un acuerdo transparente, dinámico y legalmente vinculante para limitar el calentamiento global por debajo de los 2 grados centígrados. Gracias a ese pacto, la humanidad dispondrá por primera vez de un régimen internacional para luchar eficazmente contra el cambio climático. Fue un logro histórico del que podemos sentirnos orgullosos. Desde luego, aquellos esfuerzos, los viajes de un extremo al otro del mundo, las numerosas negociaciones y los desvelos de último minuto en la propia conferencia dieron sus frutos.

Pero París ha sido, en realidad, la primera parada de un largo camino. Con ese acuerdo, todos los Gobiernos enviaron una señal inequívoca de que la transición energética es un proceso irreversible. La pregunta ahora es si la respuesta política estará a la altura de los compromisos climáticos y del acuerdo vinculante y global que sellamos en París. Yo estoy convencido de que así será.

Desde luego yo, como comisario de energía y acción climática, he adquirido el firme compromiso de llevar a cabo una política energética que apueste por la sostenibilidad. La Comisión trabajará para asegurar que Europa mantiene el liderazgo en la lucha contra el cambio climático mediante soluciones innovadoras para un futuro bajo en carbono. Pondremos en práctica lo que predicamos.

No existen fórmulas mágicas en la lucha contra el cambio climático, pero nuestras normas, como el régimen de comercio de

derechos de emisión de la UE, y nuestras acciones, nos han permitido disminuir las emisiones de carbono y mantener al mismo tiempo el crecimiento económico.

Por ejemplo, antes del pasado verano, presenté la propuesta de revisión del sistema de comercio de gases de efecto invernadero para el periodo 2020-2030 -más conocido por sus siglas en inglés, ETS-, que pretende dar al sistema estabilidad y, sobre todo, predictibilidad para que las empresas lleven a cabo inversiones.

Junto a esta propuesta, presenté un nuevo reglamento sobre etiquetado energético de electrodomésticos, un sector en el que la innovación es constante y en el que nuestra misión es que nuestra industria mantenga su liderazgo y que los consumidores europeos tengan acceso a los productos más avanzados.

En definitiva, la política de acción climática también es una gran oportunidad económica y tiene un enorme potencial para generar crecimiento. Esta transición hacia nuevos patrones de consumo -más limpios, más modernos- arrastrará el desarrollo de muchos sectores, y con él, a la competitividad y a la creación de empleo. Sirva como ejemplo el sector de las energías renovables, en el que somos líderes. Actualmente, las renovables emplean a más de un millón de personas en la UE y generan un volumen de negocios de más de 130 000 millones de euros, incluidos 35 000 millones en exportaciones. Y la velocidad de estos avances aumenta el potencial del nuevo comercio mundial de tecnologías ecológicas.

Éstos son sólo algunos ejemplos de cómo nuestra política energética es el brazo ejecutor de nuestros ambiciosos compromisos climáticos. Al fin y al cabo, ambas políticas son dos caras de la misma moneda.

La lucha contra el cambio climático exige políticas valientes. Y Europa ha respondido a la emergencia liderando el proceso con ambición. Ahora es el momento de aprovechar ese empujón del acuerdo de París y de seguir con el camino trazado hacia la descarbonización de las economías.

Hacia una Unión de la Energía

La intención de construir una nueva Unión Europea de la Energía figuró desde el principio en el decálogo de prioridades en torno a las que el presidente Jean-Claude Juncker se comprometió a articular cada una de sus decisiones. Unir nuestros recursos, combinar nuestras infraestructuras y hacernos fuertes frente a terceros países. Tal era la visión del presidente de la Comisión Europea al estrenar su mandato: acometer una auténtica transformación de nuestro sistema energético.

La Comisión Europea ha hecho de la construcción de una Unión Energética su prioridad, una brújula con la que dirigirse hacia un mercado europeo conectado, integrado y seguro.

Desde la presentación de la Estrategia Marco para la Unión de la Energía, en febrero del año pasado, mi misión ha sido la de traducir esta visión en decisiones palpables y basadas en datos.

La estrategia fue diseñada en torno a las siguientes cinco dimensiones.

Seguridad energética. Una excesiva dependencia de un número limitado de fuentes de suministro, especialmente del gas natural, deja a los países a merced de las interrupciones de abastecimiento. En la Unión Europea, importamos la mitad de la energía que consumimos con un coste anual de aproximadamente 400 000 mi-

liones de euros. De hecho, la UE importa el 88% de su petróleo y el 66% de su gas natural. Y el 80% de las importaciones de gas provienen de tres únicos proveedores: Rusia, Noruega y Algeria. Además, nuestro cálculo más optimista es que en el año 2030, casi tres cuartos del gas que consumamos deberán ser importados.

Y si al hecho de que somos el mayor importador de energía del mundo añadimos a la ecuación la crisis en Ucrania y las tensiones con Rusia, la conclusión es que somos demasiado vulnerables en términos económicos y políticos. Con demasiados países dependiendo plenamente del gas ruso para su abastecimiento, quedamos excesivamente expuestos a decisiones arbitrarias de otros.

Por eso, por la necesidad de neutralizar la energía, y particularmente el gas, como arma política, hemos asumido la diversificación de suministro, de fuentes, proveedores y rutas como una absoluta prioridad.

De hecho, este mes de febrero, hemos presentado un paquete centrado, entre otros asuntos, en la seguridad de abastecimiento del gas. En esta transición energética y viraje hacia una economía baja en emisiones de carbono, el gas seguirá teniendo un marcado protagonismo en el mix energético. El gas natural representa el 23% de nuestro consumo energético. De ahí el empeño de la Comisión Europea en reducir la vulnerabilidad existente hoy y poner en marcha una serie de iniciativas concretas como parte de la estrategia de esta Unión de la Energía.

Y la necesidad de acción urgente no está ligada únicamente a razones de seguridad, sino también económicas. La dependencia del gas ruso de los países bálticos y del Centro y Este de Europa es considerable,

y representa una factura 23% en 2014 y 16% en 2015 más cara que la de los países del Centro y Oeste.

En concreto, la experiencia de Lituania ilustra el beneficio de la diversificación de fuentes. Harta de su dependencia de Rusia, Lituania decidió construir una terminal de Gas Natural Licuado (GNL) flotante. Para hacer frente a aquel nuevo competidor, Gazprom redujo sus precios a Lituania en un 20%. Aquel ahorro compensó a los contribuyentes por el coste del terminal y aumentó la seguridad de toda la región del Mar Báltico.

Con este ejemplo en mente, entre otras consideraciones, no nos hemos limitado al círculo de proveedores inmediatos, sino que hemos apuntado también hacia exportadores de GNL, en una estrategia que asegurará su transporte hasta nuestras costas. Esto requerirá la construcción de una infraestructura de transporte necesaria para una mejor interconexión con el mercado interior. Las cifras económicas del GNL evolucionarán favorablemente —se calcula que el suministro va a aumentar en un 50% en los próximos cinco años— y vale la pena construir infraestructuras con visión de futuro y con los ojos puestos en socios comerciales como Estados Unidos, Canadá o Australia. Por eso, vamos a tratar de eliminar los obstáculos a potenciales importaciones de GNL de los Estados Unidos y de otros lugares.

Asimismo, nos hemos marcado como meta potenciar una mayor transparencia en el suministro de gas, por lo que hemos abordado también las reglas sobre acuerdos intergubernamentales con el objetivo de ayudar a los Estados miembros a garantizar que dichos acuerdos respeten las normas y principios de la UE antes de su firma. No queremos encontrarnos en el futuro en la obligación de decirle a los Estados miembros que un contrato que ya han

firmado con un país tercero tiene que ser renegociado porque está en conflicto con nuestras normas relativas al funcionamiento del mercado interior y al derecho de la competencia.

La seguridad de suministro también pasa por reducir nuestra dependencia energética y aumentar la diversificación de las fuentes de energía. En este sentido, las energías renovables y las medidas de eficiencia energética serán fundamentales para una mayor seguridad de abastecimiento y competitividad, así como una mayor sostenibilidad del sistema energético europeo.

Con ello en mente, la Estrategia Europea para la Calefacción y Refrigeración, incluida en el paquete que hemos aprobado este mes de febrero, está diseñada para hacer un uso más eficiente del gas que consumimos, y para ello es vital la innovación. La calefacción y refrigeración de nuestros hogares, empresas e industria representan la mitad del consumo total de energía en toda la UE, y alrededor del 15% del consumo de petróleo, y la mayoría de ellos son ineficientes. Por eso, esta estrategia contribuirá significativamente a impulsar la competitividad, la creación de empleo y a mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos.

Un mercado plenamente integrado. La única forma de mejorar en Europa la seguridad del abastecimiento y de ofrecer a los consumidores más posibilidades de elección es construir un mercado plenamente interconectado.

La Unión de la Energía debe permitir que la energía transite libremente de Norte a Sur, y de Este a Oeste a través de las fronteras. Necesitamos un mercado más flexible que rompa las barreras nacionales y que permita que la energía limpia que no se consuma en un país pueda ser consumida por otro Estado

miembro. A tal efecto, y con los resultados de la consulta pública que lanzamos el verano pasado sobre la mesa, antes de finalizar este año presentaré propuestas legislativas para el rediseño de un mercado eléctrico. Será, sin duda, un paso fundamental hacia un mercado plenamente integrado e interconectado, que movilice inversiones, que favorezca la innovación tecnológica, dé mayor protagonismo a los consumidores y aumente la presencia de renovables en la matriz energética. Y con ello, aumentará también la seguridad energética y la cooperación regional, y se enviarán señales claras sobre los precios con objeto de promover la flexibilidad del sistema.

Y para ello, para dejar atrás este mosaico fraccionado de 28 mercados desprovistos de las infraestructuras necesarias para exportar su potencial, nos hemos marcado el ambicioso objetivo de que, de aquí a 2020, se alcance el 10% de interconexión eléctrica, y en 2030, se llegue al 15%.

Y en ese aspecto, la Península Ibérica jugará un papel clave. En marzo del 2015, tuve el placer de participar, junto con el presidente de Francia, François Hollande, el primer ministro de Portugal, Pedro Passos Coelho, el presidente del Gobierno de España, Mariano Rajoy, y el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker en una cumbre dedicada a construir una Europa más interconectada, o lo que es lo mismo, una Europa más unida. En ella, abrimos el camino a nuevas inversiones destinadas a la mejora de las interconexiones energéticas entre Francia, España y Portugal y a la mayor diversificación del abastecimiento de gas a Europa.

Fruto del compromiso político, son dos nuevas líneas eléctricas por los Pirineos, además de la línea submarina por del golfo de Vizcaya, que contribuirán a que la península alcance el 10% de interconexión en 2020.

También el gasoducto MIDCAT, infraestructura esencial para garantizar la seguridad de abastecimiento de la Unión Europea, y cuya construcción debemos avanzar a 2020, es buena muestra de nuestros esfuerzos. Sin olvidar, por supuesto, la inauguración en febrero de la línea eléctrica de alta tensión Baixas-Santa Llogaia, que ya les he mencionado.

En la Comisión Europea, nos hemos comprometido a facilitar la construcción de las interconexiones necesarias para hacer realidad la unión de la Energía. El desarrollo de la infraestructura nos permitirá mejorar la seguridad del suministro gracias a un mercado interior de la energía que permita el uso inteligente de la energía y la integración de las energías renovables. Ya hemos logrado importantes avances en la construcción de esa infraestructura, dando nuestro apoyo a proyectos de infraestructura energética de interés común (los famosos PCIs, por sus siglas en inglés). En noviembre el año pasado, fueron 195 los seleccionados entre gas y electricidad para poder beneficiarse de un procedimiento de autorización acelerado y tener acceso a financiación europea. Dicha lista se actualizará cada dos años con el fin de incorporar proyectos nuevos y eliminar aquellos que ya hayan sido realizados.

Y lo más importante es que estas infraestructuras son mucho más que gasoductos: son una excelente noticia para todos los ciudadanos, los primeros beneficiarios de que la energía esté mejor conectada y llegue a sus hogares a menor precio. No olvidemos que los consumidores españoles pueden llegar a pagar por la energía un 40% más que sus vecinos.

Y además de infraestructuras, necesitamos un marco regulador que elimine obstáculos y facilite la vida al consumidor. Es clave darles alas como verdaderos actores de mercado, convertirlos, con instrumentos como

los contadores inteligentes, en protagonistas de la transición energética que nos reclama este siglo.

Eficiencia energética. La eficiencia energética es la política de futuro con mayor potencial para impulsar nuestros compromisos climáticos y al mismo tiempo crear oportunidades para las empresas europeas. La eficiencia es una fuente de energía por derecho propio, y sin duda gran aliada de la competitividad europea en el Mercado global. Por eso, en otoño, presentaremos un paquete legislativo, que, por cierto, también incluirá a los edificios en el esfuerzo. No olvidemos que la energía empleada en los edificios representa hasta un 40% del consumo de toda la Unión Europea y que el 75% de los hogares europeos son todavía ineficientes.

Descarbonización de la energía. Como les vengo detallando, la transición hacia economías bajas en emisiones de carbono es imparable. Y todas nuestras políticas, desde las medidas para aumentar la eficiencia energética, hasta nuestro objetivo de ser número uno de renovables en el mundo, están orientadas a este objetivo. No vamos a ahorrar esfuerzos para que la energía producida localmente, incluida la generada a partir de fuentes de energía renovables, sea absorbida fácil y eficientemente en la red. Se impulsará el liderazgo tecnológico de la UE mediante el desarrollo de la próxima generación de tecnologías de energía renovable y la excelencia en el campo de la movilidad eléctrica, al tiempo que las empresas europeas incrementan sus exportaciones y compiten a escala mundial.

Por eso, la transición energética es parte integral de la Unión de la Energía.

Investigación, innovación y competitividad. La Unión de la Energía hacia la que hemos caminado durante todo el año 2015 será, sin duda, el vehículo para reducir las

emisiones de CO₂, al tiempo que se embarca a la innovación, la competitividad y el crecimiento en esa transición.

Debemos aspirar a ser líderes mundiales en el sector de las energías renovables. Actualmente, las empresas europeas poseen el 40 % de todas las patentes de tecnologías renovables y el ritmo del cambio tecnológico aumenta el potencial del nuevo comercio mundial de tecnologías ecológicas.

Esta es la razón por la que, en la construcción de la Unión de la Energía, se está imprimiendo un enfoque estratégico a la innovación, nuestra mayor ventaja competitiva. Europa tiene el talento, la experiencia, y, sobre todo, la motivación. Porque en la innovación reside la llave para hacerse con la hegemonía económica.

La filosofía bajo estas cinco dimensiones es, en definitiva, que los ciudadanos constituyan el núcleo de la Europa de la Energía. Los precios que pagan han de ser asequibles y competitivos. La energía debe ser segura y sostenible, con mayor competencia y más posibilidades de elección para todos los consumidores. Y con ese "leitmotiv" hemos dado los primeros pasos decididos hacia una Unión de la Energía.

Ahora nos toca seguir el camino emprendido y cosechar importantes frutos. El 2016, sin duda, será un año clave para que muchas de políticas concretas tomen forma y para que logremos que nuestro mercado de la electricidad funcione mejor, con una mayor cuota de energías renovables, recortar nuestro consumo de energía y garantizar la seguridad de nuestro suministro de gas.

Un programa ambicioso para hacerlo realidad

El proyecto político en el que nos embarcamos hace casi año y medio sigue avan-

zando a velocidad de crucero. El edificio de la Unión de la Energía está empezando a tomar forma y con él, nuestra transición hacia un sistema energético más fuerte y bajo en emisiones de carbono. Este programa ambicioso nos dotará con las herramientas adecuadas y con un marco regulador que sea caldo de cultivo de toda una nueva generación de tecnologías limpias y que permita cambios estructurales a largo plazo.

En este contexto, este año 2016 tiene varios hitos señalados en rojo en el calendario legislativo.

El año de los resultados se ha estrenado con un **paquete de seguridad de abastecimiento**, toda una batería de medidas que les he detallado anteriormente.

En la segunda mitad del año, será el turno de la **eficiencia energética** que, como les vengo detallando, es una de las piedras angulares de nuestra estrategia climática y energética. Con este paquete que adoptaremos en otoño, daremos nueva muestra de nuestra apuesta por la eficiencia energética, sin duda una de nuestras políticas con mayor potencial. Y no sólo desde el punto de vista climático, sino porque, además de ser sostenible, esta estrategia juega a nuestro favor. Por ejemplo, por cada 1% de eficiencia que ganamos en Europa, ahorraremos un 2'6% en importaciones de gas. Y el dato no es baladí, si tenemos en cuenta que la UE importa el 66% del gas que consume y que varios países dependen de un único proveedor.

Este paquete legislativo, por cierto, también incluirá a los edificios en el esfuerzo, un sector clave con un potencial de ahorro energético del 60%. No olvidemos que el 75% de los hogares europeos son todavía ineficientes.

Hacia finales del año, verá la luz el paquete sobre el **diseño del mercado eléctrico**, que incluirá las energías renovables. Esta propuesta legislativa dará forma a un mercado moderno, flexible e interconectado, que huya de la fragmentación y favorezca la innovación tecnológica. Un mercado que rompa las barreras nacionales y que permita que la energía limpia que no se consuma en un país pueda ser consumida por otro Estado miembro. Este nuevo paisaje, incluido el cambio de hábitos en un consumidor mucho más activo e informado, exige nuevas reglas del juego.

Y al mismo tiempo, tendrá la ambición de elevar el porcentaje de energías renovables –actualmente, el 15% de la energía que consumimos– en el mix energético. No se me ocurre mejor manera de apuntalar el acuerdo de París que incorporar a la legislación, un año después, muchos de los compromisos adoptados en materia de renovables. Como vengo de detallarles, estas fuentes de energías son nuestras mejores aliadas en la lucha contra el cambio climático. Es nuestro compromiso en poner a este sector en el corazón del sistema energético del futuro. No olviden que, en un año, las energías renovables ayudaron a reducir las emisiones de CO₂ en la Unión Europea en una cantidad equivalente a las emisiones anuales de España.

La estrategia de la Comisión Europea, además, no olvida que las renovables son mucho más que reducción de emisiones. El sector de las renovables emplea, como ya les he apuntado, ha creado a más de un millón de personas en la UE y genera un volumen de negocios más de 130.000 millones de euros, incluidos 35 000 millones en exportaciones. Ésa es la mejor ilustración de que políticas climáticas y competitividad no sólo no están reñidos, sino que van de la mano.

Conclusión

Vivimos tiempos convulsos y los ciudadanos quieren certezas. Certezas sobre el planeta en que vivimos, sobre nuestra seguridad, nuestra economía y nuestras reglas de convivencia.

Estoy convencido de que Europa puede ofrecer esas certezas. Y lo hará a su manera: apoyada de nuevo en los ideales europeos de solidaridad y confianza entre los Estados miembros que alentaron a los padres de aquel proyecto de esperanza que hoy llamamos Unión Europea. ■